

"HAMLET" DE SHAKESPEARE, TRADUCCION DE ANDRE GIDE (Compañía Madeleine Renaud-Jean Louis Barrault, Teatro Segura): Todo adjetivo resulta vano para esta versión de la gran tragedia shakespereana que ayer ofreció a Lima el ilustre actor que visita nuestra ciudad. Cuatro horas, durante las cuales el público concentró su atención en la labor de los intérpretes franceses sin declinar un instante, ocupó aquel maravilloso fruto de poesía y drama encarnado en la voz, los gestos, los ademanes y las actitudes de un conjunto cuya armoniosa unidad nada empaña. Toda la profundidad filosófica de la obra, toda su cobertura lírica, todo su aliento trascendental de sarcasmo, locura y muerte, surgieron, sin ninguna maquinaria, en el tablado de nuestro viejo teatro y resonaron en el corazón de una sala en la cual ningún espacio se hallaba libre. Nada se puede añadir a lo que, a lo largo de los siglos, el hombre ha dicho de esta obra del hombre sobre el hombre, pues cualquier comentario, emanado en la apremiante urgencia periodística, tiene que resultar adocenado y superficial.

LO QUE SI es indispensable destacar es la incorporación que del desdichado príncipe danés hace Barrault. Desde su primera aparición concentra todo el interés del espectador, pues ha sabido extraer de aquel personaje calcinado por sus dudas, sus remordimientos, sus inquietudes y sus pasiones, matices que son la savia misma de su invencible eternidad. El terrible problema que carcome a Hamlet, que lo consume y lanza al abismo, se revela en su figura nerviosa, en su vaciación amarga, en su inconstancia, y la simpatía del espectador depende tanto del modelo literario, de la ficción, cuanto de la realidad cruenta que el actor nos ofrece. Es el Hamlet alegre, dueño de sí, seguro y vivo, y es también, cuando la curva de la exaltación declina hacia el aniquilamiento moral, el Hamlet desgarrado, triste, vencido. He allí una humanidad que hoy, tres siglos después de haber sido concebida para el teatro, descubrimos en nosotros mismos.

EXCEPCIONALES pueden calificarse los trabajos de Pierre Bertin, en Polonio, y de Simone Valere, en Ofelia. Aquél construye un viejo ladino y atrayente, cuyas intrigas —si no supiéramos el final a que conducen— pueden parecer cándidas, mientras ésta elabora una niña ingenua cuya locura la manifiesta en toda su terrible quiebra espiritual. El resto de la compañía se mantiene a la altura de estas tres interpretaciones —las de Barrault, Bartin y la Valere—, dentro del marco de cortinas y luces austeras de André Masson, a cuya mano se deben también los trajes. Fiel al propósito de Shakespeare, la limpia versión de Gide —interpretación sólo en la actuación— contribuye en mucho al éxito que aquí celebramos. Lima ha tenido el privilegio de acoger a un grupo de artistas cuya sola presencia honra.